

Mo Hayder

El tratamiento

Traducción del inglés de
Carmen M. Cáceres y Andrés Barba

 Siruela

Nuevos Tiempos / Policiaca

1

(17 de julio)

Cuando por fin acabó todo, el detective de la Unidad de Homicidios (la antigua AMIP) del sur de Londres Jack Caffery habría asegurado sin duda que, de todas las cosas que vio en Brixton aquella nublada noche de julio, los cuervos habían sido lo más impresionante.

Estaban sobre el césped del jardín de la casa de los Peach, eran veinte o más y permanecían indiferentes a las cintas policiales, los testigos y los técnicos. Unos tenían los picos abiertos, otros parecían estar jadeando. Le miraron fijamente, como si supieran lo que había sucedido en la casa o como si se estuvieran riendo a escondidas. Era poco profesional tomarse las cosas tan personalmente.

Más tarde se dio cuenta de que el comportamiento de los cuervos había sido una reacción biológica, que no podían adivinar sus pensamientos ni saber qué le había ocurrido a la familia Peach, pero verlos así le provocó un escalofrío en la nuca. Paró en la parte superior del sendero que atravesaba el jardín, se quitó el mono y se lo entregó a uno de los oficiales forenses; a continuación se puso los zapatos que había dejado del otro lado de la valla policial y atravesó la zona donde estaban los pájaros. Justo en ese instante levantaron vuelo agitando sus plumas de brea.

El parque Brockwell, un parque enorme cubierto de triángulos de bosque y hierba amontonados en cuya cima se encontraba la estación Herne Hill, se extendía durante casi un kilómetro y medio a través del límite entre dos zonas muy diferentes del sur de Londres. En el perímetro oeste estaban las zonas desiertas de Brixton, donde algunas mañanas los trabajadores municipales tenían que echar arena sobre las calles para cubrir la sangre. Hacia el este se encontraba Dulwich, con sus asilos cubiertos de flores y sus cla-

raboyas de John Soane¹. Justo frente al parque Brockwell estaba el barrio Donegal Crescent, anclado entre un pub tapiado y una tienda de Gujarati en una esquina. El barrio pertenecía a un municipio pequeño y tranquilo, lleno de casas de los años cincuenta con balcones luminosos, sin árboles que taparan las fachadas y con puertas pintadas de color marrón chocolate. Las casas miraban hacia una extensión de hierba seca con forma de herradura donde los niños montaban en bicicleta por la noche. Caffery pensó que los Peach debían de haberse sentido bastante seguros allí.

De nuevo en mangas de camisa y agradeciendo el aire fresco, lio un cigarrillo y se acercó al grupo de agentes que estaban reunidos junto a la furgoneta de la Policía Científica. A medida que se aproximaba, los agentes se fueron callando; sabía perfectamente lo que pensaban. Rondaba los treinta, no era un veterano de rango superior, pero la mayoría de los agentes del sur de Londres le conocían. La *Police Review* le había bautizado como «uno de los Jóvenes Turcos de la Metropolitana». Sabía que le respetaban en el cuerpo y eso siempre le hacía sentir un poco incómodo. *Si supieran la mitad de lo que ha pasado*. Tuvo la esperanza de que los agentes no notaran cómo le temblaban las manos.

—¿Y bien? —Encendió el cigarrillo y miró la bolsa de plástico sellada que un oficial subalterno sostenía en la mano—. ¿Qué tienes ahí?

—La encontramos en el parque, señor, a unos dieciocho metros de la parte trasera de la casa de los Peach.

Caffery cogió la bolsa y la giró con delicadeza. Era una zapatilla deportiva modelo Nike Air Server, una zapatilla de niño un poco más pequeña que su mano.

—¿Quién la ha encontrado?

—Los perros, señor.

—¿Y han descubierto algo más?

—Perdieron el rastro. Al principio lo tenían, lo olían bien, muy bien. —Un sargento que llevaba la camiseta azul de la Unidad Canina se puso de puntillas y señaló hacia los tejados, por donde el parque se elevaba en la distancia, destiñendo el cielo con sus maderas oscuras—. Nos llevaron alrededor del sendero que va hacia el oeste del parque, pero a los ochocientos metros se quedaron en blanco. —Miró con desconfianza el cielo nocturno—. Y ahora ya no tenemos luz.

¹ John Soane (1753–1837) fue un importante arquitecto inglés, conocido por sus trabajos en edificios públicos. (Todas las notas son de los traductores.)

–Ya. Deberíamos hablar con la Policía Aérea. –Caffery le devolvió la zapatilla al forense–. Y esto debería estar en una bolsa hermética.

–¿Perdón?

–Hay una mancha de sangre en la zapatilla. ¿O es que no la has visto?

La Policía Científica encendió los reflectores y la luz inundó la casa de los Peach iluminando hasta los árboles del parque que estaban detrás. En el jardín de enfrente, los forenses vestidos con trajes azules de goma barrían el césped con recogedores de basura mientras, del otro lado de la valla policial, se veían los rostros sorprendidos de los vecinos fumando, murmurando y callándose cada vez que se acercaba un agente de la Unidad de Homicidios vestido de civil y les hacía alguna pregunta. Como es lógico también había periodistas. Y estaban empezando a perder la paciencia.

Caffery se mantuvo cerca de la furgoneta de la Científica y miró hacia la casa. Era una casa adosada de dos plantas, tenía una terraza de piedra, una antena parabólica en el techo, en la puerta principal había unas aberturas de aluminio y una pequeña mancha de humedad. Había una red metálica que cubría cada una de las ventanas y las cortinas estaban bien cerradas.

Había visto a la familia Peach, o lo que quedaba de ella, pero le daba la sensación de conocerla de antes. O mejor dicho, de conocer la clase a la que pertenecían. Los padres, Alek y Carmel, no eran víctimas fáciles de compadecer: los dos eran alcohólicos, los dos estaban en paro. Mientras la llevaban en camilla hacia la ambulancia, Carmel Peach no había dejado de insultar a los paramédicos. Caffery no llegó a ver al único hijo de la pareja, Rory, de nueve años. Cuando llegó, los agentes ya habían registrado a fondo la casa buscándolo en los armarios, en el desván, incluso detrás de la mampara de la bañera. Habían encontrado un fino hilo de sangre en el zócalo de la cocina y el cristal de la puerta de atrás estaba roto. Caffery había ido a registrar una casa tapiada dos números más abajo junto a un grupo de la Policía Metropolitana y se habían arrastrado sigilosamente para entrar por un agujero en la puerta trasera con las linternas en la boca como si estuvieran representado una fantasía policial adolescente. Lo único que encontraron fueron las típicas instalaciones improvisadas de los vagabundos. Ningún otro signo de vida. Nada de Rory Peach. Los hechos a los que se enfrentaba eran bastante duros y a Caffery le parecía que habían

sido diseñados a medida para repetir su pasado. *Que no se convierta en un problema, Jack, que no se te meta en la cabeza que es lo mismo.*

—¿Jack? —dijo la detective jefe Danniella Souness, de pronto junto a él—. ¿Estás bien, muchacho?

Él miró alrededor.

—Danni. Dios, cuánto me alegro de que estés aquí.

—¿Y esa cara? Pareces un perro mareado.

—Gracias, Danni. —Se restregó la cara y estiró los músculos—. He estado de guardia desde la medianoche.

—¿Qué se sabe de él? —Hizo un gesto señalando la casa—. Rory Peach sigue desaparecido, ¿no?

—Sí. A este paso vamos a fundir los plomos buscándole, tiene apenas nueve años.

Souness exhaló fuerte y negó con la cabeza. Era una mujer corpulenta, medía apenas un metro sesenta y cinco pero pesaba más de setenta kilos, usaba trajes y botas de hombre. Con su pelo corto y su piel clara de Caledonia, tenía un aspecto más parecido al de un abogado en su primera comparecencia que al de la mujer de cuarenta años y jefe de detectives que era. Se tomaba su trabajo muy en serio.

—¿Ha venido el equipo de evaluación?

—Todavía no sabemos si hay algún muerto. Y si no hay cadáveres, no hay equipo de evaluación.

—Son unos vagos de mierda.

—Los locales han registrado la casa y no encuentran al niño. He enviado a los perros y a los de la Metropolitana al parque y los de la Aérea deben estar en camino.

—¿Por qué crees que puede estar en el parque?

—La parte de atrás de todas estas casas da al parque. —Señaló hacia el bosque que se elevaba detrás de los tejados—. Tenemos un testigo que vio *algo* que salía del número 30 y se perdía entre los árboles. La puerta trasera está abierta, la cerca tiene un agujero y los chicos encontraron una zapatilla en el parque.

—De acuerdo, de acuerdo, me has convencido. —Souness cruzó los brazos y se balanceó sobre los tacones echando un vistazo a los técnicos, a los fotógrafos y a los del Departamento de Criminalística. En el umbral de la casa, un cámara comprobaba las baterías y guardaba la pesada Betacam en su caja—. Esto parece el plató de una película absurda.

—El equipo quiere quedarse trabajando esta noche.

—¿Por qué había una ambulancia? Cuando venía casi me saca de la carretera.

—Ah, sí. Por la madre. A ella y al marido los han trasladado al hospital King. Ella se recuperará, pero él no tiene ninguna esperanza. Le golpearon en una zona muy complicada —Caffery se presionó la nuca con una mano—, le hicieron mucho daño. —Miró por encima del hombro, se acercó un poco más a Souness y bajando el tono dijo—: Danni, vamos a tener que ocultar algunas cosas a los periodistas, cosas que no queremos que se difundan en la prensa sensacionalista.

—¿Qué cosas?

—No se trata de un secuestro por la custodia del niño. Es el hijo de ambos, no hay exparejas involucradas.

—¿Y si lo han cogido de rehén?

—No, tampoco. Ese tipo de secuestros implican una petición de rescate y los Peach no estaban metidos en rollos de extorsionistas. De todas formas, cuando veas todo lo que ha ocurrido te vas a dar cuenta de que no se trata de lo mismo de siempre.

—¿Eh?

Caffery echó un vistazo a los periodistas y a los vecinos que estaban cerca.

—Vamos a la furgoneta —dijo poniéndole la mano en la espalda a Souness—. No quiero mirones.

—Vamos.

Danniella se subió a la furgoneta de la Científica y Caffery la siguió agarrándose del borde del techo para entrar. De las paredes internas colgaban palas, utensilios para cortar y placas antideslizantes. Al fondo, la nevera para guardar las muestras zumbaba suavemente desde la esquina. Caffery cerró la puerta, enganchó un taburete con el pie y se lo pasó a Danniella. Ella se sentó y él se sentó enfrente, a unos treinta centímetros de distancia, apoyó los codos en las rodillas y la miró atentamente.

—¿Qué sucede?

—Es un caso chungo.

—¿Por?

—El tío estuvo con ellos todo el tiempo.

Souness frunció el ceño e inclinó la barbilla hacia abajo, como si no supiera si estaba bromeando o no.

—¿El tío *estuvo* con ellos?

—Sí, anduvo por la casa durante casi tres días. Ellos estaban atados, más bien esposados, sin comida ni bebida. La sargento Quinn

cree que si hubieran pasado doce horas más, uno u otro habrían muerto. –Levantó las cejas–. Lo peor es el olor.

Souness puso los ojos en blanco.

–Uf, qué agradable.

–Aparte está la chorrada esa que escribieron en la pared.

–Oh, Dios... –Souness se echó hacia atrás frotándose un poco la cabeza con una mano–. Parece un trabajito digno de Maudsley, ¿no?

Caffery asintió.

–Sí, pero no creo que se haya alejado mucho. El parque está cerrado, le pillaremos pronto.

Caffery se puso de pie para salir.

–Jack –le paró Souness–, ¿te preocupa algo aparte del caso?

Él se detuvo un instante y miró hacia el suelo con una mano apoyada en la nuca. Le daba la sensación de que tenía una ventana en la cabeza a la que ella se había asomado para mirarlo todo con precisión. Se caían bien, ninguno sabía exactamente por qué, pero ambos se sentían cómodos trabajando juntos. Aun así, había cosas que prefería no decirle.

–No, Danni –murmuró al fin rehaciéndose el nudo de la corbata, no quería saber hasta dónde había podido adivinar sus preocupaciones–. Echemos un vistazo al parque, ¿te parece?

Cuando salieron, la noche había caído sobre Donegal Crescent. Había una luna roja y baja en el cielo.

Si se miraba desde Donegal Crescent, el parque Brockwell parecía extenderse kilómetros en la distancia hasta unirse con el cielo. La ladera superior parecía desierta, apenas tenía en el centro algunos árboles escuchimizados y secos y, en el punto más alto, un grupo más exótico de hoja perenne. Pero la pendiente que daba al oeste, una extensión del tamaño de cuatro campos de fútbol, estaba repleta de árboles: bambúes, abedules, hayas y castaños se apiñaban para absorber la humedad del suelo entorno a cuatro estanques malolientes. En esa zona había una densidad como de selva y en verano parecía que los estanques llegaban incluso a echar vapor.

A las ocho y media de la tarde, unos minutos antes de que la policía sellara el parque, un hombre se había puesto a deambular entre los árboles junto a los estanques con una expresión resuelta en la mirada. Roland Klare era un hombre solitario, casi ermitaño, que oscilaba entre el mal temperamento y la apatía. A veces, cuando estaba de buen humor, era un coleccionista. Para Klare nada

era descartable o imposible de reciclar. Era la versión humana más parecida a un escarabajo carroñero. Conocía muy bien el parque, solía vagabundear por allí buscando en las papeleras o inspeccionando debajo de los bancos. La gente no se metía con él. Tenía el pelo largo, casi como una mujer, y a su alrededor siempre flotaba un olor desagradable. Un hedor familiar, como a ropa sucia y orina.

Estaba de pie con las manos en los bolsillos observando algo que quedaba a sus pies. Era una cámara de fotos. Una cámara Pentax. Tenía un aspecto viejo y maltratado. La cogió y la miró con detenimiento y desde muy cerca, porque la luz ya era escasa. Evaluó los daños. Roland Klare tenía cuatro o cinco cámaras en casa entre los objetos recogidos en cubos de basura y contenedores. Hasta tenía algunas piezas de equipo de revelado fotográfico. Se metió la Pentax en el bolsillo a toda prisa y dio unas cuantas patadas a las hojas del suelo para comprobar si había algo más. Por la mañana había caído un chaparrón de verano, pero como por la tarde había salido el sol, la hierba ya estaba seca. Medio metro más allá encontró un par de guantes rosados de plástico, unos guantes grandes que guardó junto a la cámara. Poco después se alejó caminando bajo la luz cada vez más débil del atardecer. Cuando observó los guantes de plástico bajo la luz de una farola decidió que no merecía la pena guardarlos. Estaban demasiado gastados. Los tiró en un cubo de basura de la calle Railton. Pero la cámara..., de una cámara no podía uno deshacerse tan fácilmente.

Era una noche tranquila para el India 99, el helicóptero Squirrel bimotor de la base aérea a las afueras de Lippits Hill. El sol se había puesto y tanto el calor como las nubes bajas habían provocado cierto malestar en el grupo: habían terminado las tareas de rutina con la unidad doce lo más rápido posible –Heathrow, el Dome, Canary Wharf y varias centrales eléctricas incluida la de Battersea– y estaban listos para pasar a la asignación automática de tareas cuando se oyó la voz del director a través de los auriculares del comandante.

–India nueve nueve desde India Lima.

El comandante se acercó al micrófono.

–Adelante, India Lima.

–¿Dónde están?

–Estamos en... ¿dónde? –Se alejó un poco y miró hacia abajo, hacia la ciudad iluminada–. Estamos sobre Wandsworth.

–Bien. El India nueve ocho está activo pero están al límite, número de referencia TQ3427445.

El jefe lo comprobó en el mapa.

-¿En el parque Brockwell?

-Sí. Se trata de un niño perdido. Las unidades de tierra tienen la situación contenida pero el detective ha sido muy claro, chicos, ha dicho que lo único que tenemos que hacer es señalar la presencia. No nos puede asegurar que el niño esté en el parque, es solo una sospecha así que no es obligatorio que lo hagáis, pero...

El jefe alejó el micrófono, miró su reloj y a continuación el panel de la cabina de mando. El observador aéreo y el piloto habían oído la orden y levantaban los pulgares para que él los viera. Bien. En el registro de asignaciones anotó la hora y el número que le dio el programa de distribución asistida por ordenador. Y volvió a acomodarse el micrófono.

-Ok, India Lima. La noche está tranquila, le echaremos un vistazo. ¿Con quién debo hablar?

-Mmm... con el detective Caffery de la Unidad de Homicidios.

-¿Te refieres a la panda de homicidios?

-Sí, con ellos.